



IV CONGRESO NACIONAL DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

"Arte y transformación social: la extensión como herramienta".

LA MUSICA DE RAIZ FOLKLORICA

COMO HERRAMIENTA DE TRANSFORMACION SOCIAL

por Leopoldo Martí

Quiero agradecer a los organizadores de este Congreso por invitarme a participar. Sin dudas que quedará un hueco en este Panel, puesto que no estará la palabra de José Luis Castiñeira de Dios, quien desde la Dirección Nacional de Artes seguramente abordaría lo hecho y lo por hacer en materia de las expresiones artísticas a nivel nacional, además de su experiencia en el campo de la música, del cine y del arte en general.

Ante esta situación, y aprovechando este espacio, quiero poner el foco en el valor de la música como forma de expresión artística factible de transformar una sociedad, situándome en mi condición de músico e investigador, y particularmente en mi condición de docente en la Licenciatura de Música Popular, primera carrera universitaria pública argentina destinada a la música de raíz folklórica argentina y latinoamericana. En esta carrera, de nuestra Facultad de Artes y Diseño, tengo a mi cargo las cátedras de Música Popular Argentina I y II, y estos temas que hoy vengo a compartir con ustedes, son de permanente diálogo, discusión, debate y propuestas. También lo son en la Cátedra Virtual para la Integración Latinoamericana, espacio docente que compartimos entre nuestra Universidad Nacional de Cuyo junto a la Universidad de Valparaíso (Chile) y la Universidad Mayor de San Andrés (Bolivia).

Ante todo me gustaría decir algo que pienso y siento, como introducción a este tema: creo que la música toda, en sus diferentes formas de expresión, es una herramienta de transformación social, y sobre esa premisa –nos guste o no, para bien o para mal- ha ido moldeando el gusto de todos aquellos millones y millones de habitantes que han sido invadidos por esa onda sonora mediatizada, cuyo eco y resonancias han recorrido países y culturas del planeta. Todo hecho sonoro es susceptible de transformar al ser humano, desde su función fisiológica, sensible o cultural. Y ha sido la música, compañera de luchas, de desvelos, de triunfos, de pérdidas, de alegrías, de tristezas,

de angustias, de festejos, de ritos, de trabajos, la que nos ha sido cada vez más necesaria.

La música como elemento aglutinante, la música como elemento identitario, la música como sentido de pertenencia, la música como hermanadora de sociedades, de países, de regiones; la música como ensoñadora, la música como compañía gustosa o perturbadora, la música como contaminación sonora, la música ambiental, la música como expresión milenaria, la música como elemento mágico o religioso, la música como producto, la música como un comercio, la música en función social y política.

A partir de todo este cúmulo de variables, podemos dimensionar la importancia de la música como herramienta de transformación social si pensamos, por ejemplo, en Yehudi Menujin y su trabajo en función de la educación en valores a través de las Artes; sobre similares principios nuestro Miguel Angel Estrella creo Música Esperanza, sensibilizando en torno a la música en diversas y diferentes comunidades, tanto del país como del extranjero; el trabajo a partir de la música como herramienta superadora de diferencias políticas, sociales o religiosas, llevado adelante por Daniel Baremboin; también la encomiable función de nuestras orquestas, como la sinfónica universitaria y sus diferentes ciclos en programaciones de alto valor artístico, o la filarmónica provincial desarrollando sus ciclos didácticos o sus conciertos en los departamentos; también es una herramienta de transformación e inclusión el proyecto de las orquestas infanto-juveniles, que procura seguir los pasos de lo que en Venezuela fundara el Mtro. Abreu logrando desde el arte, la cultura y el conocimiento un vuelco masivo en reinserción social; también las murgas que desde hace varias décadas ocupan un lugar de relevancia en la expresión popular; las bandas de sicuris, las orquestas de percusionistas; también los grupos de cámara que subsisten con gran orgullo y permiten que repertorios tán variados resuenen por bodegas, capillas y salas de todo el ámbito provincial; son herramientas de transformación social los coros que llenan de voces los incontables ámbitos en los departamentos, y entre ellos los que son orgullo por sus distinciones y premios; también lo son la gran cantidad de bandas de rock, muchas de las cuales han abierto sus corazones a diversos géneros, abrazando causas tan nobles como la dignificación de los pueblos indígenas, la reinserción de los marginados por el poder hegemónico, la valoración de las identidades regionales, la libertad como bandera; también es una valiosísima herramienta la música en el aula, para sensibilizar desde los primeros años a niños y adolescentes que, como esponjas, esperan la magia del arte para sentirse plenos en su expresión y volverse, así, mejores personas, mejores ciudadanos del país y del mundo. Como vemos, la música gobierna buena parte de nuestras vidas, nos mueve, nos moviliza, nos anima. También aludimos a esa música que es música antes de serlo; esa música que contiene otros sentidos

antes de la valoración estética, es decir una música que, como decía Alejo Carpentier, “se nos muestra en estado puro de función ritual primigenia, y que no puede ser considerada todavía como música, puesto que ahí el significante responde a un significado debido a nociones que hemos perdido”. Así el terreno se ensancha aún más, y es todo de gran vitalidad.

Es precisamente la música una de las expresiones artísticas más vigentes, que tiene como común denominador el hecho de que puede abrazar, aún un mismo género y un mismo estilo musical, a diversas partes de nuestros conglomerados sociales. Cualquiera ser humano de estas tierras puede compartir un silbido matinal, así sea haciendo un fueguito para calentar las frías mañanas a la intemperie en ese “largo tren de madera a un costado de las vías”, como poética y dramáticamente lo describe el misionero Ramón Ayala, como también subiendo a un coche último modelo, montando a la bicicleta, marchando a lomo de caballo en medio de nuestras serranías, de a pié o ‘a pata’, descalzos, sin más. Condiciones y situaciones sociales, políticas, económicas y culturales bien distintas, que encuentran en una melodía, una frase o una canción un modo de ser y de estar plantado en la vida.

Sobre ese principio tan elemental y primario, la canción toma cuerpo no solo para acompañar sonoramente un momento de nuestras vidas, sino, además, y sobre todo, para decirnos cosas, para advertirnos cosas, para enseñarnos cosas. Las canciones siempre tienen fundamento. De aquellos famosos Cielitos patrióticos de Bartolomé Hidalgo y de otros poetas de principios del siglo XIX, nacen fervorosamente las voces que foguean los cantos independentistas, al calor de la lengua y los modos de vida del hombre de campo. Son esas conversaciones en verso entre paisanos que relatan hechos vistos desde su óptica y con su lenguaje, y a través de ellos el poeta transmite su pensamiento, su sentir del momento histórico de luchas. Anhelos de libertad, denuncia por las injusticias, picardía y gracia a la vez campean en esos cielitos ya bicentenarios. Desde esos tiempos empieza, en los diversos rincones del país, a consolidarse el canto popular, dando lugar al surgimiento de la canción de autor, ya a principios del 1900, con una raíz folklórica que dará frondas a ese cancionero que hoy vive en cada uno de nosotros.

Y son esas primeras canciones de autor las que definen una forma de ser y de pensar, un modo de transmitir ese pensamiento a la sociedad. Cantores populares que, sintiéndose voceros de su comunidad, ofician de comunicadores, expresándolo a través del arte de la canción. Y esa expresión no solo cantará penas y alegrías, sino que de algún modo acompañará a las ciudadanas y ciudadanos a compartir un cúmulo de saberes y sentires, una apertura hacia la poética literaria y musical que, en su hondura, una canción puede llevar.

De todo el universo musical que en nuestras sociedades tiene vida y cabida, esto es la música clásica de tradición escrita o la música popular en sus diversos géneros, solamente tomaremos a la canción de raíz folklórica para destacar su capacidad de transformadora social.

Como el campo es muy amplio, y en él podríamos profundizar mucho más, inclusive si abordáramos géneros que, si bien los conozco y siento, no los he profundizado como para sentirme capacitado en hablar de ellos, como puede ser la canción en el rock, en el blues, en el hip hop, u otros géneros; quiero concentrar la atención focalizando apenas un pequeño número de expresiones de la canción de raíz folklórica, y comprender cómo ellas pudieron o pueden ayudar a transformar socialmente.

A propósito de ello, en estos últimos tiempos podemos citar espacios de comunicación y trabajos editados que ponen el foco en la canción y su inserción social, como el ciclo de programas de Canal Encuentro “*Cómo hice*”, conducido por Emilio Del Guercio, o el recientemente editado libro de Sergio Pujol, *Canciones Argentinas 1910-2010*.

A partir de estas premisas, me gustaría hacerles escuchar algunas canciones de raíz folklórica argentina y latinoamericana, que en todo caso hablen por sí solas y que permitan poner en valor su condición de “escultoras del sentir, del pensar y del ser de nuestros pueblos”.

El arado (V. Jara), por Víctor Jara.

Drume negrita (E. Grenet), por Bola de Nieve.

El minero (Jaime Medinaceli), por Savia Andina.

La flor de la canela (Ch. Granda), por Ch. Granda.

Pa'l que se va (A. Zitarrosa), por José Carbajal (relato extraído de Cuentamusa)

Le tengo rabia al silencio (A. Yupanqui), por A. Yupanqui.

Son numerosas las músicas que nos han formado o transformado socialmente: desde la complejidad y contundencia de una música sinfónica de Ginastera, de una obra de Piazzolla, de una tonada en guitarras cuyanas, de una canción de Spinetta, de la voz de Mercedes Sosa, de un solo de quena de Uña Ramos, de una música de cámara de Julio Perceval, hasta la voz huarpe de Marcelino Azaguate. Todas ellas, en mi caso, han sido canciones con fundamento: con fundamento musical, con fundamento en su mensaje, en su condición de poemas musicados, en su condición de recreadoras de un vuelo interpretativo, en su condición testimonial para nuestros tiempos. Músicas y canciones que ayudaron a sentirnos más humanos, a sentirnos más latinoamericanos,

más sudamericanos, a sentirnos más sensibles al mundo de hoy, motivados por los muchos fundamentos de una canción.

Quisiera finalmente detenerme un instante para recordar dos ideas muy apropiadas para nuestro tema, a modo de conclusión.

La primera, extraída de un artículo publicado originalmente en un periódico uruguayo por el músico y compositor Aníbal Sampayo en 1966. Dice Sampayo textualmente: *“Con mi obra no persigo sólo gustar por mi música, sino hacer conocer mi país, más allá de lo que recogen las frías informaciones periodísticas. Creo que llegando la misma al corazón del pueblo, puede llevar también a su conciencia la idea de su situación. No escribo música y versos por el solo hecho de ser un hombre conocido y que ello me reporte la oportunidad de comerciar con dicha circunstancia. Hay algo mucho más profundo en mi espíritu: el de un testigo que a fuerza de ser fidedigno, se fiel ante el espectáculo social y humano que atestigua”*.

Y el otro, el fragmento que da inicio al Manifiesto del Nuevo Cancionero, que firmaran por 1963, entre otros, Armando Tejada Gómez, Tito Francia, Mercedes Sosa, Oscar Mathus:

“El Nuevo Cancionero es un movimiento literario-musical, dentro del ámbito de la música popular argentina. No nace por o como oposición a ninguna manifestación artística popular, sino como consecuencia del desarrollo estético y cultural del pueblo y es su intencion defender y profundizar ese desarrollo. Intentará asimilar todas las formas modernas de expresión que ponderen y amplíen la música popular y es su propósito defender la plena libertad de expresión y de creación de los artistas argentinos. Aspira a renovar, en forma y contenido, nuestra música, para adecuarla al ser y el sentir del país de hoy.

El Nuevo Cancionero no desdeña las expresiones tradicionales o de fuente folklórica de la música popular nativa, por el contrario, se inspira en ellas y crea a partir de su contenido, pero no para hurtar del tesoro del pueblo, sino para devolver a ese patrimonio, el tributo creador de las nuevas generaciones.

El Nuevo Cancionero se propone buscar en la riqueza creadora de los autores e intérpretes argentinos, la integración de la música popular en la diversidad de las expresiones regionales del país.

Quiere aplicar la conciencia nacional del pueblo, mediante nuevas y mejores obras que lo expresen”.

Ese es el valor, entre muchos otros, de la canción y de la música como herramienta para la transformación social.-

Mendoza, noviembre de 2010.

